Sobre Quevedo y Cervantes

Antonio Rey Hazas
Universidad Autónoma de Madrid

[La Perinola (ISSN: 1138-6363), 12, 2008, pp. 201-229]

Deslindes biográficos

La única coincidencia biográfica reseñable es que los dos escritores nacieron en el mismo mes, bien que con 33 años de separación –Cervantes vio la luz, probablemente, el día 29 de septiembre[1] de 1547, y Quevedo el 17 o, como acaba de enmendarse, el 14 de septiembre de 1580– y que solo conservamos la partida de bautismo, por lo que la fecha real de su nacimiento se conjetura en ambos casos[2]. Lo demás, son diferencias. No obstante, ni la distancia biográfica, ni la cronológica, ni otras impidieron su confluencia literaria a principios del siglo XVII, en la corte vallisoletana de Felipe III, cuando el joven Quevedo escribía *El Buscón* y el viejo Cervantes acababa el *Quijote,* en 1604. Pero no fue una confluencia meramente personal, sino generacional, que afectó asimismo a los más destacados escritores de la época, como Góngora y Lope de Vega, con independencia de que tuvieran, como sucede en este caso, edades muy distanciadas. Entre nuestros dos escritores, en cualquier caso, hubo sobre todo diferencias de toda índole: diferencias de tiempo, de talante, de intereses, de personalidad y de estética; al par que alguna que otra semejanza interesante, debida a los años comunes que compartieron. Porque a la hora de analizar el caso complejo y apasionante de las relaciones entre Francisco de Quevedo y Miguel de Cervantes[3], encontramos un complejo trenzado de diferencias y, en menor medida, semejanzas.

En primer lugar, destaca sus disímil fisonomía, su distinta complexión física, indicativa de un distinto talante moral, obvia en sus dis-

[1] Lo único que sabemos con seguridad es que fue bautizado el 9 de octubre, aunque suponemos, dado su nombre de pila, que nació el día de San Miguel.

[2] La fecha habitual, desde Astrana Marín, es el 17, pero Luis Rivas, el organizador de este congreso, acaba de sostener en su clausura, con razones bien fundadas, que don Francisco debió de nacer en verdad el día 14.

[3] Para esta cuestión, es imprescindible el excelente trabajo de Pérez Cuenca, 2006.

RECIBIDO: 5-10-2007 / ACEPTADO: 31-10-2007

pares retratos literarios. El autor de las *Novelas ejemplares* (1613) se autorretrató así:

> Éste que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y ésos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*. [...] Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo[4], donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto[5] la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros.

Pablo Tarsia, autor de la primera biografía de Quevedo, lo describió, en cambio, como sigue:

> Fue don Francisco de mediana estatura, pelo negro y algo encrespado, la frente grande, sus ojos muy vivos; pero tan corto de vista que llevaba continuamente antojos; la nariz y demás miembros, proporcionados, y de medio cuerpo arriba fue bien hecho, aunque cojo y lisiado de entrambos pies, que los tenía torcidos hacia dentro; algo abultado, sin que le afease; muy blanco de cara, y en lo más principal de su persona concurrieron todas las señales que los fisónomos celebran por indicios de buen temperamento y virtuosa inclinación[6].

En segundo lugar, existen diferencias asimismo muy notorias de educación, pues Quevedo estudió en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, luego en la Universidad de Alcalá de Henares, donde se hizo Bachiller, y más tarde cursó Teología en la Universidad de Valladolid, mientras que Cervantes no fue nunca a ningún colegio prestigioso[7] ni a ninguna universidad mayor, excepto, un par de años, a una menor, el Estudio de la Villa de Madrid, con Juan López de Hoyos. Y aunque no era un ingenio lego, como se ha dicho, tenía una formación académica bastante inferior a la de Quevedo, que sabía latín clásico y se carteaba con uno de los humanistas más célebres de su tiempo, Justo Lipsio; ya desde su juventud, leía el griego con cierta soltura, sabía algo de hebreo y de árabe, y se atrevía con la escritura de obras eruditas y cultas de tema moral, político, filosófico y religioso, que nunca entraron en la órbita de

[4] *Cautivo:* entre 1575 y 1580, en Argel, como es bien sabido.

[5] *Lepanto:* recuerdo inolvidable de Cervantes: «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros», dice en *Quijote, segunda parte*. No se olvide que nuestro autor sólo perdió en Lepanto «el movimiento de la mano / izquierda», como reza el *Viaje al Parnaso*, I, vv. 214-216.

[6] Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo*, p. 151.

[7] El de los jesuitas de Sevilla es una mera suposición.

Cervantes, como el *Heráclito cristiano,* el *Marco Bruto*, la *Política de Dios,* las *Lágrimas de Hieremías castellanas, La cuna y la sepultura* y tantas otras.

Diferencias familiares, en menor medida y, sobre todo, diferencias cortesanas, también los separaron. Cervantes era posiblemente hidalgo, como lo era sin duda Quevedo. Pertenecían por tanto, los dos al mismo tramo de la baja nobleza, aunque el origen montañés de la familia de Quevedo no dejaba lugar a las dudas, mientras que sospechas de una dudosa ascendencia judía empañaban el linaje paterno del autor del *Quijote*. Pero, sobre todo, los separaba el ámbito cortesano en que nació y se crió el autor de los *Sueños,* completamente distinto al entorno, mucho más humilde, del hijo de Rodrigo Cervantes, un cirujano, es decir, una suerte de medio médico, de Alcalá de Henares. Quevedo, en cambio, era noble indudable y nieto de una «azafata de la reina». Cuando Francisco nació en 1580, su padre, don Pedro Gómez de Quevedo, era «escribano de cámara» de palacio y secretario de doña Ana de Austria, mujer de Felipe III; su madre, doña María de Santibáñez, fue dama de la reina, y su tía Margarita estuvo en palacio hasta 1617. Quevedo estaba, por tanto, familiarizado con la corte, conocía el palacio real, e incluso «tuvo oportunidad de conocer cómo era la intimidad de los monarcas y cuál era la cara oculta de toda aquella majestad que dominaba el mundo»[8], y, desde luego, estaba familiarizado con los letrados y secretarios de los consejos y con el personal de palacio, aunque seguramente, dada su condición, más que con los grandes y títulos, debió de relacionarse con los hidalgos, con la hidalguía de origen campesino que había llegado a la corte. Su origen, su familia y su entorno son, por tanto, muy diferentes a los de Cervantes, lejos de palacio siempre, y en ocasiones muy a su pesar.

Cervantes intentó medrar, acercarse a la corte, a la nobleza, al patronazgo del cardenal Espinosa, primero, antes de irse a Italia; al de su sucesor en la gracia de Felipe II, a Mateo Vázquez, después, ya que incluso hizo un soneto al libro de Alonso de Barros *Filosofía cortesana* (1598), que era una suerte de juego de la oca de la corte, con caídas en casillas de los validos, trampas cortesanas, etc., únicamente porque este oscuro personaje estaba al servicio de Mateo Vázquez[9]. Pero no pudo acceder al patronazgo, por distintas circunstancias, y se limitó a tener, muy tardíamente, la protección y el mecenazgo del conde de Lemos y del arzobispo de Toledo, don Bernardo Sandoval y Rojas, pero sin integración directa en sus respectivas cortes privadas. Quevedo, a diferencia, era de palacio, había nacido y se había criado en él, la corte real era su ámbito, un ámbito cerrado siempre para Cervantes, que tanto anheló acceder a él, y tuvo la protección directa de la reina, de la duquesa de Lerma y del duque de Osuna.

Quizá por eso, entre otras cosas, su mirada fue muy diferente, porque Cervantes conocía ese mundo aristocrático desde fuera, desde sus anhelos de pretendiente en corte, desde sus frustradas solicitudes, y no desde

[8] Jauralde, 1998, p. 41.

[9] He hablado sobre estas cuestiones en Rey, 2005, pp. 16-34.

dentro, desde sus máscaras, recovecos e intrigas, como Quevedo. La mirada de Cervantes es más limpia, por incontaminada quizá, incluso más auténtica; la de Quevedo es más sesgada, más encubierta, más cruda.

A consecuencia de su infancia palaciega, Quevedo reverenciaba a los nobles y despreciaba a los humildes. Cervantes no despreciaba a nadie. Su mirada era siempre tolerante, comprensiva, humana, y más aún con los más débiles, con los de baja cuna, justo al revés que la de don Francisco. La obra del autor del *Quijote* se sitúa siempre contra los abusos de poder, tan frecuentes en su mundo, incluidos los sexuales, pues únicamente los nobles y ricos son violadores en ella, como sucede concretamente en *La fuerza de la sangre*, donde la víctima es una hidalga pobre y hermosa, quizá a causa de que su propia familia –me refiero a sus hermanas, su hija y su sobrina– tuviera que soportar algún que otro abuso, a diferencia de la de Quevedo: de ahí, entre otras causas, la diferente mirada. Al autor del *Persiles* le parecía que la corte madrileña era muy peligrosa para las jóvenes bellas, pues una vieja peregrina dice a Periandro y Auristela

> que andaban en la corte ciertos pequeños, que tenían fama de ser hijos de grandes; que, aunque pájaros noveles, se abatían al señuelo de cualquiera mujer hermosa, de cualquiera calidad que fuese: que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura. (III, 8)

Para Cervantes, en suma, «cada uno es hijo de su obras», pero no para Quevedo, defensor de la aristocracia de sangre y de dinero.

Es verdad que Quevedo no perdonó tampoco los vicios cortesanos, que conocía muy bien, desde dentro, e hizo críticas tan descarnadas como la siguientes:

> Para entrar en Palacio, las afrentas,
> ¡oh Licio!, son grandes, y mayores
> las que dentro conservan los favores.

Pero su visión fue siempre aristocrática, incluso en la parodia burlesca: basta con recordar *El Buscón*.

Quevedo, en fin, habló personalmente con Felipe III en alguna ocasión, por ejemplo en 1617, tuvo además el amparo de la propia reina Margarita, y de la duquesa de Lerma, como he dicho; y aunque acabó por enfrentarse con el de Lerma, lo hizo ya en la época baja del duque, después de 1616, unido al otro duque, al de Osuna, su protector, a quien demostró siempre lealtad y amistad. Además, pasó parte de su vida luchando por el aumento de su nobleza, para ser caballero de Santiago, primero, y después para lograr el señorío de la Torre de Juan Abad, pleiteando sin cesar en pos del mejoramiento aristocrático que tanto anhelaba, y que defendía, a la manera tradicional, como la unión indisoluble de linaje heredado y de posición económica suficiente para sostener una vida digna. Otra vez *El Buscón*, sin ir más lejos, es un magnífico ejemplo de lo que no es ni debe ser la aristocracia verdadera.

Cervantes, muy lejos de Quevedo, pensaba que la nobleza era fundamentalmente virtud, no herencia de sangre ni dinero, aun sabedor de que en el fondo sólo había dos linajes en el mundo, como dice Sancho Panza, «tener y no tener» dinero. Pese a ello, para él, dado que «la virtud y el buen entendimiento siempre es una y siempre es uno», como dice en el *Coloquio de los perros,* es decir, dado que no se puede confundir ni está sometida a modificaciones del entendimiento, la virtud va indisolublemente unida a la nobleza. Don Quijote se lo dice expresamente a su escudero:

> Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que padres y agüelos tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale. (*Quijote,* II, 42)

Para él, como para Cervantes, cada uno era, en verdad, «hijo de sus obras», como tantas veces dice don Quijote; únicamente de sus obras, nada más: no de sus padres ni de una raza o de un determinado lugar; no, por poner algún ejemplo, una deleznable gitana ni una dudosa moza de mesón, en los casos de Preciosa y Constanza, sino dos mujeres ejemplares y honestas, en contra del supuesto estigma de su herencia de sangre y del determinismo del medio ambiente negativo en que viven. Preciosa y Constanza, las heroínas de *La Gitanilla* y *La ilustre fregona,* son mujeres libres, pese a todos los pesares, y acaban triunfando y casándose con nobles auténticos, e incluso siendo ellas mismas aristócratas, en contra de su origen bajísimo, de su casta y del adverso ambiente en el que se crían, porque lo merecen sus obras individuales, porque se lo merecen personalmente, en buena justicia poética. Si finalmente resultan ser nobles de origen, mejor que mejor, pero ya han demostrado antes, cuando se sabían gitana y moza de mesón, todo lo que tenían que demostrar. Tal es la lección libre y antideterminista de Cervantes, opuesta a la de Quevedo.

En el fondo, estaba siempre la debatida cuestión de la hidalguía, clase social posiblemente compartida por nuestros dos autores, aunque vista desde una óptica mucho más conservadora por don Francisco de Quevedo en la única novela que salió de su pluma, *El Buscón,* escrita hacia 1604. Porque lo cierto es que Pablos de Segovia no desea llegar a la hidalguía, sino que, desde pequeñito, todo su afán de medro se encaminaba a ser caballero. Tal es su obsesión, repetida una y otra vez: alcanzar la condición de caballero. Y no deja de ser curioso que ni una sola vez se le pase por las mientes ser hidalgo, aunque sólo fuera como tránsito hacia la caballería, pues era el paso habitual en la época, como en el caso del hidalgo que es don Quijote, al fin y al cabo, antes de su encumbramiento caballeresco, o en el del propio Quevedo, o incluso en el del escudero del *Lazarillo,* cuando piensa en la posibilidad de servir a «caballeros de media talla», aunque no le gusten demasiado. Pero lo cierto es que este pícaro quevedesco redomado, es descendiente de

conversos por los cuatro costados, hijo de un barbero ladrón, borracho y cornudo, y de una bruja, alcahueta y prostituta, los dos de ascendencia judaica, para mayor baldón; este abyecto despojo social, harto significativamente, desprecia la hidalguía hasta el punto de que ni siquiera piensa en ella como escalón intermedio para llegar a ser caballero. No hay mayor desprecio que éste: él quiere ser caballero. Más aún, el pícaro supera con facilidad al hidalgo paupérrimo con el que se encuentra, a don Toribio, y le deja en la cárcel, mientras él escapa de ella, y, tras usurpar la identidad de un falso comerciante rico, intenta hacerse pasar por un caballero de verdad, por un noble rico. El pícaro fracasa, a la postre, en su intentona, pero supera con creces al hidalgo y, repito, ni siquiera menciona la hidalguía como fase intermedia de su ascenso. El menosprecio es absoluto. ¿Por qué? Porque a don Francisco de Quevedo, caballero de la Orden de Santiago, noble auténtico, que se pasó la vida luchando para acrecentar su aristocracia, le parecía, con razón, que los hidalgos indigentes desprestigiaban a la nobleza verdadera, y, por tanto, a los caballeros como él, sobre todo, dada su cercanía de clase, a consecuencia de que se veían obligados a vivir como pobres de solemnidad, como auténticos desheredados, por lo que podía fácilmente confundírselos con ganapanes y vagabundos. Y, en tal caso, alguno podría preguntarse ¿qué hacía distintos a los hidalgos pobres de los pícaros?

En última instancia, el problema fundamental, como hemos visto, radicaba en el patrimonio económico. La situación social dependía, en buena medida, de la salud monetaria. En este sencillo análisis coincidían curiosamente el *Quijote* y la novela picaresca, pues no sólo se trataba de la ubicación central del hidalgo en la escala social barroca, sino también, simultáneamente, de una cuestion de dinero, o, por mejor decir, y en los mismos términos que utilizan todas estas novelas, se trataba de «tener o no tener» dinero: «Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener» —dice el *Quijote* (II, 20)—. «Dime, ¿quién les da la honra a los unos que a los otros quita? El más o menos tener» —asegura el *Guzmán de Alfarache* (I-ii-4). «Verdad es que algún buen voto ha habido de que en España, y aun en todo no tener» —reza, en fin, *La pícara Justina* (I-ii-1)—. No deja el mundo, no hay sino solos dos linajes: el uno se llama tener y el otro de ser significativa la semejanza casi total entre Cervantes, Mateo Alemán y Francisco López de Úbeda, o entre el *Quijote* y la novela picaresca, si se quiere. En definitiva, todo era cuestión de dinero, en efecto, pues, como decía don Toribio, el vapuleado hidalgo de *El Buscón* quevedesco,

> Veme aquí v. m. un hidalgo hecho y derecho, de casa de solar montañés, que, si como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir. Pero ya, señor licenciado, sin pan y carne no se sustenta buena sangre y, por la misericordia de Dios, todos la tienen colorada, y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada[10].

[10] Cito por mi edición de *El Buscón*, p. 193.

Como decía González de Cellorigo en su *Memorial de la política necesaria y útil restauración a la república de España,* se había perdido el imprescindible equilibrio social entre las clases, por haber

> venido nuestra república al extremo de ricos y pobres sin haber medio que los compase, y a ser los nuestros o ricos que huelgan o pobres que demanden, faltando los medianos que ni por riqueza ni por pobreza dejen de acudir a la justa ocupación que la ley natural nos obliga[11].

La ausencia de medianos que notaba Cellorigo era, precisamente, el gran problema de España: la falta de una clase media hacía, en efecto, a nuestro país diferente de los de su entorno. ¿Pero qué grupos constituían, en la época, los medianos? ¿Qué individuos podían configurar esa clase media inexistente y necesaria? ¿Quiénes, en todo caso, al margen de que no existiera una clase media diferenciada, estaban verdaderamente en medio de la pirámide social? Los hidalgos, desde luego. Junto a otros grupos sociales[12], o solos; pero los hidalgos, sin duda. Oigamos a Alonso López Pinciano, que no nos dejará mentir: «el estado medio ocupan los hidalgos —dice— que viven de su renta breve y los ciudadanos y escuderos dichos y los hombres de letras y armas constituidos en dignidad»[13].

Los hidalgos se hallaban en el centro del arco social áureo. De ahí que su figura se encuentre, asimismo, en la base de la novela moderna. No es casual que fuera así, ya que la hidalguía constituía el gozne que abría o cerraba el paso hacia la nobleza, máxima aspiración de todos los que tenían dinero para intentarlo, apetecible siempre por el prestigio y los privilegios que comportaba. Los hidalgos, ciertamente, estaban en medio, como decía el Pinciano, y eran censurados por todos: por unos, los de abajo, los burgueses, porque no entendían las razones de su su-

[11] Ver Elliott, 1973, p. 337.

[12] Los juristas y hombres de leyes también formaban parte de ese indefinido grupo social medio, pues así lo dice el gran poeta y humanista don Diego Hurtado de Mendoza, no obstante su noble origen familiar, pues era hijo de don Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla y marqués de Mondéjar, en su *Guerra de Granada,* p. 105: «letrados, gente media entre los grandes y pequeños, sin ofensa de los unos ni de los otros».

[13] López Pinciano, *Philosophía antigua poética,* II, p. 166. Además del héroe, el *Quijote* ofrece sendos modelos ejemplares del ejercicio de las armas y de las letras en los dos hermanos Pérez de Viedma, el capitán y el oidor, de origen hidalgo, que se encuentran casualmente, después de muchos años sin verse, en la venta de Juan Palomeque el Zurdo. Por medio de ellos entra la realidad de las dignidades que aportaban armas y letras a los españoles del Siglo de Oro. Porque lo cierto era que, mediante su ejercicio, los plebeyos podían acceder a la hidalguía, y los hidalgos a dignidades más altas, como la caballería, por supuesto. Estos son, significativamente, hijos de un hidalgo montañés. De hecho, «el hombre por uno de dos caminos reales viene a disponerse, y merecer que el rey le conceda la nobleza, e hidalguía, y éstos son, o por saber, o por bondad de costumbres […]; en el camino del saber, se comprehende todo género de letras […], y en el otro camino de la bondad de costumbres se incluyen las armas» —dice Bernabé Moreno de Vargas, en sus *Discursos de la nobleza de España,* fols. 12-13—. Y en ello coincide con don Quijote, para quien «dos caminos hay […] por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras; otro, el de las armas» (II-vi, 580). Lo que sucede es que, aunque estos análisis son válidos para la realidad, no lo son para don Quijote, cuya locura se constituye en obstáculo insuperable, como ya hemos analizado.

perioridad; por otros, los de arriba, los caballeros, porque su miseria desprestigiaba a la clase nobiliaria. Por *fas* o por *nefas,* arremetieron contra ellos desde ambos lados de la contienda, a consecuencia de su posición central, a consecuencia de que eran medianos. Quienes dieron cauce a la novela moderna, quienes, por las mismas fechas, crearon el *Quijote* y la novela picaresca, detectaron tales tensiones sociales y las llevaron, con sensibilidad extraordinaria, al centro de la mejor y más original prosa de nuestro Siglo de Oro. La novela, intuitivamente, aunque sin perfiles claros ni bien definidos, estaba ya atisbando y entreviendo con acierto pleno, en todo caso, que en los grupos sociales intermedios, y en torno a ellos, en sus aledaños, se hallaba la clave de las inquietudes sociales de su época, y que tales inquietudes eran tema preferente de su quehacer literario, o, si se quiere, novelesco. Cervantes y Quevedo, obvio es decirlo, estuvieron en el centro del debate, aunque ocuparan en él posturas radicalmente distintas[14].

No todo son diferencias, sin embargo, porque los dos escritores sin par eran lectores empedernidos de enorme capacidad de lectura y de aguzado sentido crítico. De Quevedo dice Pablo de Tarsia que leía incluso mientras comía, y varias obras a la vez, ocho libros en concreto:

> Sazonaba su comida, de ordinario muy parca, con aplicación larga y costosa, para cuyo efecto tenía un estante con dos tornos, a modo de atril, y en cada uno cabían cuatro libros, que ponía abiertos, y sin más dificultad que menear el torno, se acercaba el libro que quería, alimentando a un tiempo el entendimiento y el cuerpo[15].

Asimismo, apenas cenaba, con el fin de tener más tiempo de lectura, y le quitaba después muchas horas al sueño, e incluso en coche llevaba siempre la pluma dispuesta a anotar cualquier cosa que le interesara:

> Saliendo de la corte para ir a la Torre de Juan Abad, o a otra parte, y en todos los viajes que se le ofrecieron, llevaba un museo portátil de más de cien tomos de libros de letra menuda, que cabían todos en unas bisacas, procurando en el camino y en las paradas lograr el tiempo con la lectura de los más curiosos y apacibles[16].

Habla Pablo de Tarsia, en fin, de que llegó a tener cinco mil libros, de los que sólo se conservaron casi dos mil después de su muerte, que son, sin duda, cifras muy exageradas, dado que una biblioteca muy grande tenía entonces unos trescientos ejemplares, y una habitual, de uso profesional medio, no más de sesenta o setenta. Pero en cualquier caso, y exageraciones numéricas aparte[17], lo indudable es la pasión lectora de Quevedo, equiparable a la de Cervantes, pese a que el complutense nunca debió de tener una biblioteca tan considerable como la de

[14] Estas palabras proceden de mi artículo 1996; reproducido con variaciones en mi libro 2005; concretamente son las pp. 290-292.

[15] Tarsia, *Vida,* pp. 29-30.

[16] Tarsia, *Vida,* p. 34.

[17] Ver Pérez Cuenca, 1999, 2003 y 2004; también Maldonado, 1975.

don Francisco. Es verdad que Cervantes menciona unos 300 libros en su obra, y que don Quijote le dice a Cardenio que tiene «más de trescientos» en su aldea (I, 24), pero ni una cosa ni otra significan que el escritor tuviera una biblioteca personal equiparable de otros 300 volúmenes. Don Diego Miranda, por ejemplo, el rico hidalgo manchego, a veces denominado caballero, que significa en cierto modo el anverso social del hidalgo pobre don Quijote, dice que tiene «seis docenas» de libros de romance, latín, historia y devoción, lo que parece estar más en consonancia con la realidad[18]. Aunque es verdad que Alonso Quijano ha vendido muchas fanegas de tierra de labor para comprar libros de caballerías, y quizá antes no fuera tan pobre.

Sea como fuere, y al margen del número real de ejemplares que poseyeran, lo cierto es que Cervantes era tan empecatado lector como Quevedo, pues no en vano, como «segundo autor» del Quijote, así lo afirma rotundamente: «yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles» (I, 9). No todo eran diferencias entre ellos. Al menos, los dos estaban igualmente enamorados de los libros y su sentido crítico era muy notable, más aún en el caso de Cervantes. Pocas afinidades más los aunaban, aunque alguna queda.

No deja de ser curioso y significativo que el encuentro positivo entre Lope y Quevedo se produzca al mismo tiempo que se fragua la ruptura entre Cervantes y Lope. De hecho, el soneto elogioso escrito por Cervantes en 1598, cuando las cosas entre ellos aún iban bien, para la *Dragontea,* no se publica hasta su edición junto con *Las rimas de Angélica,* en 1602, cuando ya se había producido la quiebra entre ambos, e irrumpía, en cambio, la amistad de Lope con Quevedo, explícita ya, curiosamente, en un soneto del Fénix, el número 128 de las *Rimas,* que dice:

> Vos, de Pisuerga nuevamente Anfriso,
> vivís, claro Francisco, las riberas,
> las plantas atrayendo, que ligeras
> huyeron dél con vuestro fuerte aviso…

Sorprende, en efecto, como dice un biógrafo «el tempranísimo elogio, nada menos que de Lope de Vega, al enviarle *La hermosura de Angélica*»[19], pero más sorprende que don Francisco escriba a continuación un soneto preliminar al *Peregrino en su patria* (1604), que dice:

> Las fuerzas, peregrino celebrado,
> afrentará del tiempo y del olvido
> el libro que, por tuyo, ha merecido
> ser del uno y del otro respetado…

Respetado del tiempo y del olvido, sin duda, pero no de Cervantes, a quien Lope alude veladamente y ataca en el prólogo al mencionado libro, clave de la ruptura acaecida entre ellos. De modo que surge simul-

[18] Ver Infantes, 2005.
[19] Jauralde, 1998, p. 126.

táneamente la nueva amistad de unos, Lope y Quevedo, y la enemistad de los otros, Cervantes y el Fénix.

¿Envidiaría Cervantes a Quevedo porque tenía, sobrada, la gracia de poeta que no quiso darle el cielo a él? No creo. Desde luego, lo único que expresa Cervantes es su admiración por el joven y ya celebrado poeta. Pero el hecho es que Cervantes era en 1604, cuando ambos debieron de conocerse en Valladolid, un viejo escritor fracasado, y Quevedo un joven poeta triunfante, del que la antología más importante del momento, las *Flores de poetas ilustres,* de Pedro de Espinosa, publicadas en 1605, pero recopiladas en 1603, recoge nada menos que 18 poemas, pese a ser apenas un chaval, y ninguno de Cervantes, que no se consideraba mal poeta, como se ha dicho, sacando de contexto los versos del *Viaje del Parnaso* que acabo de prosificar, pues tenía, «por honra principal de mis escritos», dice allí, uno de sus sonetos, no una obra en prosa, el dedicado al túmulo sevillano de Felipe II, en 1598, que comienza «Voto a Dios que me espanta esta grandeza». Además de que, por decirlo con la autorizada voz de José Manuel Blecua, el siguiente terceto, que acaba el soneto de Gelasia en el libro VI de la *Galatea* (1585):

> Del campo son y han sido mis amores;
> rosas son y jazmines mis cadenas;
> libre nací y en libertad me fundo

es «uno de los mejores tercetos de toda la poesía española»[20]. Seguramente Cervantes ni se consideraba ni era mal poeta, pero el hecho fue que ni el soneto de 1585 ni el de 1598 estaban en las *Flores,* y sí 18 poemas del joven Quevedo.

Con todo, lo cierto es que el respeto entre Cervantes y Quevedo, con algunos altibajos, fue mutuo, pese a la alusión burlesca del primero a la cojera del segundo y a las burlas quevedescas sobre don Quijote. Y si «Lope fue una de las debilidades de Quevedo»[21], otra, bien que en menor medida, fue Cervantes, aunque no en el terreno de la poesía, sino en el de la novela corta y los entremeses, como veremos.

Hubieron de conocerse hacia 1604 en Valladolid, pues «a pesar de no disponer de documentación que lo atestigüe —dice Isabel Pérez Cuenca[22]—, lo cierto es que la pluma de Quevedo se hizo notar en la corte vallisoletana, sus diatribas con Góngora, por ejemplo, tuvieron que andar de boca en boca y correr de manuscrito en manuscrito, por lo que estos inicios literarios de Quevedo no pudieron pasar desapercibidos ante los atentos ojos de Cervantes, de la misma manera que [...] don Quijote ya era conocido» por Lope de Vega, amigo de Quevedo, que dice en una carta fechada en agosto de 1604 que ningún poeta hay «tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a don Quijote»[23].

[20] Blecua, 1947, p. 179.
[21] Jauralde, 1998, p. 129.
[22] Pérez Cuenca, 2006, p. 190.
[23] Cito por la edición de Nicolás Marín, Lope de Vega, *Cartas,* p. 68.

A principios de agosto de 1609 Quevedo ingresa como esclavo del Santísimo Sacramento en el oratorio de la calle del Olivar, donde ya habían ingresado Salas Barbadillo, Espinel y Cervantes, y lo haría después Lope de Vega. Allí, en consecuencia, también debieron de coincidir, así como en la academia del conde de Saldaña, que se había reunido seis años antes en Valladolid, concretamente en 1603, a pesar de que Diego Duque de Estrada no menciona a Cervantes entre sus asistentes y sí a Lope, Quevedo, Góngora y otros, en su biografía[24]; pero dadas las peculiares relaciones vallisoletanas que hubo entre el señor de Híjar, el conde de Saldaña y Cervantes por aquellas fechas, como ha visto Alfredo Alvar[25], es muy probable que sí asistiera el autor del *Quijote* y se encontrara en ella, por tanto, con Quevedo alguna que otra vez. Desde luego, no hay duda de que los dos asistieron a la misma academia de don Diego Gómez de Sandoval, ya en Madrid, cuando se reunió en la villa y corte entre 1611 y 1612. Antes, seguramente hacia 1608, frecuentaron ambos la tertulia erudita y literaria que presidía el afamado padre portugués Francisco Mazedo o Macedo en el Colegio Imperial de los jesuitas, a la que asistían también el conde de Lemos y el duque de Villahermosa, cuyo mecenazgo posiblemente buscaban.

Aunque no estaba presente Cervantes ese día, transcribo una anécdota que nos ha relatado Pablo de Tarsia, porque nos habla de los demás y resalta el ingenio de Quevedo:

> En una Academia que con grande solemnidad y prevención se hizo en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, presidiendo el Padre Mazedo, portugués, donde se discurrió de letras humanas, medicina y leyes; habiendo hablado en el primer asunto con mucha erudición el conde de Lemos y el duque de Villahermosa; luego en la medicina hizo su lección un médico muy afamado de la corte, y después entró un letrado en la materia de *Testamentis,* y así que propuso el título de su dicurso, don Francisco, que se halló en la Academia, dijo: «*Ya me espantaba yo que, tras doctor, no hubiese luego testamento*»[26].

En 1613, en Nápoles, se publica la *Parte primera de varias aplicaciones y transformaciones,* de Diego Rosel y Fuenllana, en cuyos preliminares figura un soneto de Quevedo y otro de Cervantes, lo que hace suponer, dado que uno estaba allí y el otro no, buenas relaciones entre ellos, pues seguramente «Quevedo consiguió esta colaboración» de Cervantes[27].

Nápoles tiene interés, al menos hipotéticamente, para analizar estas relaciones. Había entonces dos virreinatos de gran prestigio, el de Nápoles, en primer lugar, y el de Sicilia, en segundo término. Italia era la perla, la joya de la corona, el lugar del arte, la literatura, el renacimiento, la aventura, por donde habían pasado Encina, Naharro, Garcilaso, Aldana, Figueroa, Cervantes, Virués, etc. Y adonde iría Quevedo,

[24] Duque de Estrada, *Comentarios del desengañado de sí mismo,* p. 96.

[25] Alvar, 2004.

[26] Tarsia, *Vida,* p. 105.

[27] Jauralde, 1998, p. 264, n. 17: «A no ser que todo venga de las fechas de los preliminares, que nos llevan a 1607».

curiosamente, a partir de un hito clave para Cervantes, a raíz de las bodas napolitanas de 1612 entre Ana de Austria y Luis XIII, cuya relación, que tanto le hubiera gustado escribir a Cervantes, como dice en el *Viaje del Parnaso,* fue muy conocida. No deja de ser interesante el cruce de los destinos vitales de nuestros dos escritores, dado que Cervantes no fue, finalmente, adonde tanto quiso ir, a Nápoles, con el conde de Lemos, y se quedó en Madrid: pero sí fue en sueños, en su viaje literario y ensoñado del *Parnaso,* mientras que por la misma boda real de Nápoles mencionada, seguramente, fue llamado Quevedo a Sicilia por el duque de Osuna, su señor, en 1613, pues como dice Jauralde, «no parece casualidad que sea entonces cuando Osuna llama a Quevedo a Sicilia»[28].

Es verdad que sus inquietudes y las intrigas políticas en que se vio envuelto Quevedo son ajenas a Cervantes y a su vida de soldado heroico en Lepanto, pero no es menos cierto que su experiencia literaria de Italia fue en parte similar, y que Cervantes quiso ser con el conde de Lemos lo que fue Quevedo con el duque de Osuna, al menos en cierta medida.

Cervantes deseaba mucho, sin duda, estar presente en los desposorios reales entre la infanta española doña Ana de Austria y el rey de Francia Luis XIII, el día 13 de mayo de 1612, y en las bodas, que habían de celebrarse el 22 de agosto de dicho año:

> porque luego me vino al pensamiento
> de ponerlas en verso numeroso,
> favorecido del febeo aliento. (*Parnaso,* vv. 358-360)

Sin embargo, reconoce, dolido, que no tuvo ocasión de hacerlo:

> puesto que después supe que con alta
> magnífica elegancia y milagrosa,
> donde ni sobra punto ni le falta,
> el curioso don Juan de Oquina en prosa
> la puso y dio a la estampa para gloria
> de nuestra edad, por esto venturosa. (vv. 367-372)

Le hubiera encantado hallarse en Nápoles para ser el cronista de las celebraciones nupciales. Cuando Cervantes leyó en Madrid, a mediados de 1612, por las mismas fechas en que estaba escribiendo su *Viaje del Parnaso,* la *Relación de las fiestas que el Excelentísimo señor Conde de Lemos virrey, y Capitán general del Reyno de Nápoles ordenó se hiciesen a los felices casamientos de los serenísimos Príncipes de España, con el Rey e Infanta de Francia, en treze de Mayo de mil y seiscientos y doze años. En las cuales ayudó a mantener su Excelencia el Conde de Villamediana, como adelante se dirá* (en Madrid, por Cosme Delgado, 1612), en ese momento, debió de acentuarse considerablemente su anhelo insatisfecho de haberse hallado presente en las fiestas de Nápoles para «ponerlas en verso numeroso». No fue así, en cualquier caso. Quevedo tuvo más suerte con el duque de Osuna, y fue allí, mientras el conde de Lemos dejaba en España a Cervantes (y

[28] Jauralde, 1998, p. 309.

a Góngora) para llevarse a Mira de Amescua y los Argensola. Su protector le había fallado, en este caso, no así el de don Francisco.

Por estas fechas de 1612, aunque el texto del *Parnaso* se publicó finalmente en 1614, debió de escribir Cervantes su broma sobre la cojera de Quevedo, seguramente sin mala intención y, al parecer, sin réplica de don Francisco, quizá acostumbrado a que le reprocharan siempre sus notorios defectos físicos. Lo normal, pese a todo, no era el talante amistoso, sino el insulto, como hará en 1629 el desconocido autor de *Venganza de la lengua española:* «lástima tengo de verle toda la vida andar de pie quebrado y que, con la experiencia ya mediana, no mude de pelo o no mejore de ojos». La acusación de cojera era la más repetida, así como la de ser algo jorobado, miope y del color del pelo de Judas, esto es, pelirrojo. Siempre le tildaban además de borracho; así acaba un soneto de la polémica de Montalbán, que compara maliciosamente a Quevedo con Mahoma y se burla de sus pies como cuernos y de su afición desmedida al vino, que le convierte en cuero, esto es, en un borracho, porque, como se sabe, en cueros de piel, como los que don Quijote confunde con gigantes, se guardaban los vinos de la época:

> Si ver el zancarrón[29], no peregrino
> vayas a Meca, el meco pies[30] de cuerno
> cuelga en el aire de un triforme pino[31].
> Solo se diferencia un mismo infierno
> en que Mahoma nunca bebió vino
> y Quevedo bufón es cuero eterno[32].

El propio Quevedo había ironizado a veces sobre sus propios defectos, en el *Memorial pidiendo plaza en una Academia,* escrito seguramente en la corte vallisoletana, cuando posiblemente debió de conocer a Cervantes:

> hombre de bien nacido para mal, […] ha echado muchas veces el pecho al agua por no tener vino, […] es corto de vista como de ventura, […] rasgado

[29] El *zancarrón* de Mahoma: el zapato de Mahoma. Comp.: «se sostenía en el aire, como dicen que se sostiene el *zancarrón* de Mahoma», Arce de Otálora, *Coloquios de Palatino y Pinciano,* vol. 1, p. 1116; «Meca. Aquí vienen a visitar los turcos con suma devoción el sepulcro de Mahoma; y a los peregrinos ninguna otra cosa se muestra que un *zapato dorado* de Mahoma, el cual está colgado en la bóveda de la mezquita o templo», *La Cosmografía* de Pedro Apiano.

[30] No es, seguramente, una errata por *pie,* en singular, ya que los dos pies de Quevedo eran deformes, como el de Mahoma en La Meca; pero lo era mucho más uno de ellos, como un poco más abajo cuenta Pablo de Tarsia. De ahí la confusión voluntaria entre plural y singular.

[31] Es decir, si quieres ver el celebrado zancarrón de Mahoma que se conserva suspendido de la bóveda en la mezquita de La Meca, no es necesario que peregrines a ella, como hacen los musulmanes, basta con que veas a Quevedo, y su «pies meco» (de la Meca, musulmán, y de mico, de mono: su pie más deforme y sus dos pies deformes a la vez, como ya he explicado), pero no dorado, sino de cuerno, con la forma hacia dentro de un cuerno y, claro está, de un cornudo, que cuelga de un pino triforme, tres veces deforme, porque su cuerpo deformado por sus dos pies, añade una tercera punta que sobresale, triangular, de su verticalidad, la punta asimismo deforme de su joroba.

[32] Jauralde, 1998, p. 886.

de ojos y de conciencia; negro de cabello y de dicha, largo de frente y de razones, quebrado de color y de piernas; blanco de cara y de todo; falto de pies y de juicio; mozo amostachado y diestro en jugar las armas, a los naipes y a otros juegos; y poeta, sobre todo, hablando con perdón. [...] Por todo lo cual, y atento a sus buenos deseos, pide a vuestras mercedes, pudiéndolo hacer a la puerta de una iglesia, por cojo, le admitan en la dicha cofradía[33].

Pablo de Tarsia confirma el mismo talante quevedesco, al contar la siguiente anécdota, que demuestra, además de la aceptación de sus defectos y de su capacidad de autoironía, que, pese a tener deteriorados ambos pies, uno de ellos estaba más deformado que el otro. Leámosla:

Habiendo entrado don Francisco con algunos caballeros en casa de unas damas para oírlas cantar y tocar el arpa, en que eran tan estimadas que las visitaban los mayores señores, y como iba de hábito largo para encubrir la fealdad de los pies, descubrióselo casualmente un pie. Viéndole la una de ellas, dijo: «¡Oh, qué mal pie!». Reparó inmediatamente otra y añadió: «Con mal pie entraron vuesas mercedes aquí». Reíanse las demás de la conversación, haciendo mofa y burla: muy propio de las mujeres de Madrid, que son prontísimas y se precian de entendidas. Estuvo don Francisco muy severo, y con igual prontitud respondió: «Yo les prometo a vuesas mercedes, señoras mías, que otro hay peor en el corro». Empezaron entonces a mirarse unas a otras, y a registrar los pies de los que venían en su compañía, diciendo: «¿Cuál será?». Y después que le hubo detenido algún rato en duda y curiosidad, sacó el otro pie y dijo: «Éste, señoras». Pues tenía el un pie más mal hecho y más torcido que el otro[34].

Quevedo era, por tanto, muy capaz de ironizar sobre sí mismo: por eso, y sobre todo por su indudable buena relación con el autor del *Quijote,* no debió de molestarle mucho la broma de Cervantes en el *Viaje del Parnaso,* que insistía en su cojera. Recordémosla:

«Mal podrá don Francisco de Quevedo
venir», dije yo entonces, y él me dijo:
«Pues partirme sin él de aquí no puedo.
Ése es hijo de Apolo; ése es hijo
de Calíope Musa; no podemos
irnos sin él; y en esto estaré fijo.
Es flagelo de poetas memos,
y echará a puntillazos del Parnaso
los malos que esperamos y tenemos».
«¡Oh, señor!», repliqué, «que tiene el paso
corto y no llegará en un siglo entero».
«Deso», dijo Mercurio, «no hago caso,
que el poeta que fuere caballero
sobre una nube entre pardilla y clara
vendrá muy a su gusto caballero». (II, vv. 304 y ss.)

[33] Jauralde, 1998, p. 887.
[34] Tarsia, *Vida,* pp. 105-106.

La referencia a la nube, sin embargo, es bastante más maliciosa y satírica, porque no debemos olvidar que, poco después, lo mismo le sucede en el *Viaje del Parnaso* al principal enemigo literario de Cervantes, a Lope de Vega, a quien incluye finalmente y de mala gana, en la galera que navega hacia el Parnaso con todos los poetas españoles, de la siguiente y burlesca manera:

> Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
> poeta insigne, a cuyo verso o prosa
> ninguno le aventaja, ni aun le llega. (II, vv. 388-390)

Y es que Lope no había aparecido antes con los demás escritores de relieve, ni había subido con ellos a la galera de Mercurio en Cartagena o en Valencia, sino que cae, risiblemente, llovido del cielo, junto con la «poetambre» enojosa de mala calidad; esto es, de manera harto ridícula. Era obvio que Cervantes no podía excluir a un escritor tan importante como Lope de Vega de su *Viaje del Parnaso;* por eso lo incluyó, bien que con una ironía más que obvia, para reírse de él y de sus ínfulas.

No es el caso de Quevedo, sin duda alguna, pero la alusión de Mercurio a la nube no deja de ser algo sospechosa. Con todo, para evitar cualquier sesgo satírico que fuera más allá de la broma o de la sonrisa, Quevedo es para Cervantes hijo de Apolo y de Calíope, además de «flagelo de poetas memos»; o dicho de otra manera, posiblemente el mejor poeta español de su época, después de Góngora. No hay duda, en consecuencia, de que, por una parte, Cervantes conoce muy bien la poesía de Quevedo, pese a no estar apenas impresa y haberse transmitido fundamentalmente de manera manuscrita hacia 1612, ni de que, por otra, ha leído y gustado en concreto de la *Premática del desengaño contra los poetas güeros,* escrita hacia 1605, según Azaustre[35], pues la toma como modelo estructural e incluso retórico evidente para pergeñar sus *Privilegios, ordenanzas y advertencias que Apolo envía a los poetas españoles* añadidos en la *Adjunta.* Como muestra baste este botón, ya seleccionado por Isabel Pérez Cuenca:

> Quevedo: Ítem. Por estorbar los insolentes hurtos que hacen, mandamos que no se puedan pasar coplas de Aragón a Castilla ni de Italia a España, so pena de callar un mes el poeta que tal hiciere, y si reincidiere, de andar un día limpio.
>
> Cervantes: Ítem se advierte que no ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare algún verso ajeno y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladrón es como Caco.

Para confirmar, en cualquier caso, su altísima valoración, vuelve a incluirlo elogiosamente en la carta de Apolo que contiene también la mencionada *Adjunta* en prosa al *Viaje del Parnaso:*

> Si don Francisco de Quevedo no hubiere partido para venir a Sicilia, donde le esperan, tóquele vuesa merced la mano, y dígale que no deje de llegar

[35] Quevedo, *Premática,* ed. Azaustre, pp. 5-6.

a verme, pues estaremos tan cerca; que cuando aquí vino, por la súbita partida, no tuve lugar de hablarle.

No hay influencias de Quevedo en la *Primera parte del Quijote*, 1605, pero sí parece haberlas, al contrario, del *Ingenioso hidalgo* en *El Buscón*. Me refiero al episodio en el que Pablos de Segovia camina sobre un asno al que llama «rucio de La Mancha»:

> Partía aquella mañana del mesón un arriero con cargas a la corte. Llevaba un jumento, alquilómele. [...] Yo iba caballero en *el rucio de La Mancha,* y bien deseoso de no topar nadie, cuando desde lejos vi venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas. (*Buscón,* II, 5)

Durante muchos años ha prevalecido la idea defendida por Fernando Lázaro Carreter de que la cita no se refiere al *Quijote*, sino a «un jumento gris o blanco con manchas oscuras», que eso significa «rucio», o bien a un asno «natural de La Mancha»[36], pero no al de Sancho Panza. Sin embargo, ya Domingo Ynduráin[37] pensó que se trataba del asno del escudero, tanto por lo que dice como por la mención inmediata del hidalgo, obviamente quijotesca; añadiendo que en Quevedo a veces *manchado* significa con mancha de sangre, es decir, lo que, si se dice de un caballo, significa que no es un pura sangre, como en estos versos:

> cuando sobre un caballo más *manchado*
> que biznieto de oros y judíos,
> *rucio,* a quien no consiente ser *rodado*
> los brazos de su duelo. (*Orlando,* II, vv. 193-196)

Pero eso, dice, «no tendría sentido en un burro».

Además, a lo que entiendo, «rucio», que significaba «pardo» o «tordo» era adjetivo que únicamente se aplicaba entonces a los caballos, hasta que Góngora dio la pauta del cambio, en un celebrado romance que se reía de otro aún más famoso de Lope de Vega. Como estudió Orozco[38], se trata precisamente de los dos romances que inician la guerra literaria entre Lope de Vega y Góngora exactamente en 1591, cuando se publican juntos en el mismo volumen (*Flor de varios romances nuevos. Primera y segunda parte,* Barcelona). Son además los dos romances que están en el origen del *Entremés de los romances,* y con él, en el del *Quijote*[39]; esto es: «Ensíllenme el potro rucio», de Lope, y «Ensíllenme el asno rucio», de Góngora, aunque probablemente se habían escrito uno en 1583 y el otro en 1585. Cervantes, para reírse de Lope, a quien incluso confundió malintencionadamente a veces con el asno[40], y siguiendo a Góngora, transformó el potro de Lope en el «rucio de San-

[36] Ynduráin, 1966, p. 119.

[37] En su *Buscón,* p. 187, n. 222.

[38] Orozco, 1973, pp. 30 y ss.

[39] Pero no quiero, ni es de este lugar, entrar ahora en esta cuestión. Ver, si se quiere, mi estudio y edición del *Entremés de los romances,* con la colaboración inestimable de Mariano de la Campa, en México, Guanajuato, 2006.

[40] Rey Hazas, 2005, pp. 123 y ss.

cho», y el éxito inmenso de su obra llegó hasta el punto de que, después del *Quijote,* «rucio» se aplicó casi siempre a los jumentos, y fue dejando paulatinamente de aplicarse a los caballos. Así, a causa de la inmortal novela, «rucio» ha cambiado su significado y se ha convertido finalmente en un sinónimo de «asno», ya que acabó por ser, por definición, el «rucio de Sancho», muy lejos de su significado anterior. La impronta quijotesca en el idioma es, por tanto, incuestionable, pero su origen gongorino y antilopesco también, que es lo que me interesa en este momento, porque Lope de Vega, como he dicho, tampoco anda muy lejos del asunto.

De hecho, don Quijote confunde también un caballo rucio con un asno rucio, puede que malintencionada y antilopescamente:

> —Dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene, sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?
>
> —Lo que yo veo y columbro —respondió Sancho— no es sino un hombre sobre un asno pardo, como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. (I, 21)

Todo este problema, claro está, afecta directamente a la debatida fecha de escritura de *El Buscón* de Quevedo, que de este modo sería posterior a 1605, seguramente de 1608 o 1609, como ha estudiado Rosa Navarro[41], aunque no tenemos seguridad. Sí de que la novela de don Francisco se estaba difundiendo en forma manuscrita y le había llegado a Cervantes, como demuestra el *Coloquio de los perros,* con esas cuatro figuras finales: un alquimista, un poeta, un matemático y un arbitrista, que tanto recuerdan a los personajes caricaturescos y risibles que Pablos encuentra de regreso a Segovia: un arbitrista, un diestro, «con el que se puede emparentar el matemático cervantino, que dice lleva veintidós años tras el punto fijo»; un poeta con la conversación previa del *Coloquio* entre un poeta y un comediante, etc. Es evidente que Cervantes tenía *El Buscón* delante cuando acababa la redacción del *Coloquio,* que parece obra de madurez, y probablemente lo sea, en su última redacción, aunque hay una hipótesis reciente de Rico según la cual las *Novelas ejemplares* serían todas ellas anteriores a 1605, y no es disparate pensar que el *Coloquio* sea de esas fechas, en torno a 1605, aunque sin duda fue revisado después[42].

En cualquier caso, el recuerdo de *El Buscón* aparece también en *El rufián viudo,* probablemente escrito hacia 1611-1612, cuando, a poco de empezar, se menciona la afición de Trampagos a la destreza de la espada:

Vademecum	¡Bueno, por vida mía! Quien le quita
	a mi señor de líneas y posturas,
	le quita de los días de la vida.
Trampagos	Vuelve por el mortero y por el banco,
	y el broquel no se olvide. Vademecum.

[41] Navarro Durán, 2006.

[42] Rico, 2005. Véase también mi trabajo «La palabra católico: cronología y afanes cortesanos en la obra última de Cervantes», en prensa, en el último congreso de la Asociación de Cervantistas, celebrado en Alcalá de Henares en el 2006.

VADEMECUM Y aun trairé el asador, sartén y platos. (vv. 43-48)

La referencia «al asador», en vez de espada, es la misma que hace el diestro de Quevedo en su novela: «deme los asadores para dos o tres ángulos», «deme los asadores, que no los quiero para esgrimir». Trampagos es un personaje burlesco, próximo al esgrimidor quevedesco de *El Buscón,* pues su desconsolado llanto de viudo no le impide estar prendado por los movimientos del arte de la espada. Los paralelismos con el esgrimidor que se encuentra con Pablos de Segovia se acentúan por el hecho de que su criado le trae «asador, sartén y platos», lo que recuerda la espátula de asador con la que contiende el ridículo esgrimidor quevedesco con un mulatazo que porta una enorme daga de garfios.

De nuevo en el *Quijote,* ahora en la segunda parte, en el episodio del retablo de maese Pedro, Cervantes inserta dos versos de Quevedo, en concreto, dos versos de la «Carta de Escarramán a la Méndez», aplicados a un moro que se había atrevido a besar a Melisendra en los labios y fue castigado a que le azotaran por las calles, paseado sobre un asno a la vergüenza, con pregoneros y verdugos detrás golpeando; exactamente como le sucede a Escarramán:

con chilladores delante
y envaramiento detrás

Reproducción expresa de la jácara quevedesca, cuando dice:

Y otra mañana a las once,
víspera de San Millán,
con chilladores delante
y envaramiento detrás,
a espaldas vueltas me dieron
el usado centenar. (*PO,* núm. 849, vv. 53-58)

Sin embargo, el recuerdo explícito de Escarramán y el pequeño homenaje a Quevedo que implica no es ingenuo ni está en este episodio quijotesco como pudiera hallarse en cualquier otro, dado que ahora Cervantes sigue a Góngora, en cierta medida, para reírse de Lope de Vega, cuyo entremés de Melisendra también imita satíricamente. En este contexto gongorino y antilopesco del *Quijote,* los versos de Quevedo adquieren un significado muy particular, puesto que era el amigo del Fénix y el rival feroz de don Luis, del enemigo mortal de Lope. Por eso, Cervantes quiere reírse de Lope, loco por los romances moriscos y confundido a menudo él mismo con un moro en el romancero de la época que lideraba, en la figura quijotesca de ese moro atrevido que besa a Melisendra en los labios y es castigado, por ello, con versos de Quevedo, de su amigo, así implicado en la burla, y para mayor ridiculización de Lope, pues no sólo se le compara con el rufián de los rufianes, con Escarramán, y se descubre su desmedido deseo sexual, sino que además quien le hiere y zahiere es Quevedo, su amigo, son sus versos, no los de Góngora ni los de Cervantes. La sátira tiene desperdicio. No se olvide que Gabriel Lobo Lasso de la Vega, que –en palabras de Márquez Villanueva[43]– «for-

ma un notable trío» antilopesco con Góngora y Cervantes, en el romance número 9 de su *Manojuelo,* «Señor moro vagabundo», acusa de morisco a Lope, entre otras lindezas, identificándole con su célebre potro:

Válgate el cielo por moro,
que ansí has cansado los hombres
con tu larga soledad
y melancólicas noches;
el potro rucio te dé
en la barriga seis coces,
y quien amén no dijere
en malas galeras bogue[44].

Es más, el propio Cervantes, por boca de Chiquiznaque, el personaje de *El rufián viudo,* no el de *Rinconete,* y por lo tanto, ya en 1611, muchos años después de la polémica, todavía se refería a la fama del célebre romance morisco de Lope de Vega: «muy más que *el potro rucio* eres famoso» (v. 313), lo que demuestra que lo tenía muy presente.

Góngora y Cervantes[45] recrean jocosamente el romance de don Gaiferos, aunque de manera bastante distinta, ya que mientras Góngora centra su burla en el regreso de Melisendra con don Gaiferos a París, una vez salvada de su prisión en Sansueña, y en el relato de las novedades parisinas –realmente, aluden a la corte madrileña de 1588– que hace Pierres[46]; el conocido retablo del Maese Pedro quijotesco (II, 26) centra su risible juego teatral en la desidia de Gaiferos por rescatar a Melisendra, el enfado de Carlomagno, y en los apuros que pasa la dama para sostener su virginidad en Sansueña. Con todo, lo más interesante para mi propósito es observar que hay correspondencias de interés, a pesar de las enormes diferencias de sus tratamientos respectivos, dado que Góngora y Cervantes se ríen de la misma situación poco airosa de Melisendra sobre las *ancas del caballo* de Gaiferos. Sus respectivos textos no me dejarán mentir. Veámoslos:

con haber quinientas leguas,
las anduvo en treinta días
la señora Melisendra
a las ancas de un polaco,
como Dios hizo una bestia,
de la cincha allá, frisón,
de la cincha acá, litera.
Llevábala don Gaiferos,
de quien había sido ella

[43] Márquez Villanueva, 1988, p. 312.

[44] Lasso de la Vega, *Manojuelo de romances,* pp. 30-31.

[45] Las páginas que siguen, proceden de Rey Hazas, 2005.

[46] Es muy probable que los nombres caballerescos de Góngora oculten personajes conocidos de su entorno cordobés. De hecho, Hozes antepone al romance el siguiente preámbulo: «A un caballero de Córdoba que decía que Córdoba se llamó Sansueña, y que por una reja que tenía en su casa sacó don Gaiferos a Melisendra, y así destos como de otros chistes que pasaban por otros caballeros ridículos, hizo este romance».

para lo de Dios, esposa,
para lo de amor, cadena.
Contemple cualquier cristiano
cuál llevaría la francesa
lo que el griego llama nalgas
y el francés asentaderas. (vv. 6-20)

Muy significativamente, también Cervantes se fija en este hecho, que relata así:

> vemos que se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo, [...] llega don Gaiferos, [...] la hace bajar al suelo y luego, de un brinco, la pone sobre las ancas de su caballo, a horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, a causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada a semejantes caballerías. [...] No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y subida de Melisendra.

Aunque desde una óptica menos grotesca que la de Góngora, no deja de percibirse, a lo que creo, la burla larvada de Cervantes sobre las reiteradas *ancas* del caballo y la subida y bajada de la dama sobre ellas.

Las referencias señaladas demuestran la familiaridad de nuestros dos grandes creadores con el romancero. No obstante, la última afinidad señalada afecta más de cerca a Lope y a Cervantes que a Góngora, dado que nuestro novelista se ríe descaradamente del *Entremés de Melisendra* (1605), de Lope de Vega[47], cuya heroína es la única que está dispuesta a tirarse desde la torre en que está presa hasta el caballo de don Gaiferos, a diferencia del romancero (donde baja por la escalera), y como también hace la de Cervantes, al descolgarse. A la Melisendra de Lope le preocupa que se le vean las piernas y las «cavernas» que ocultan, aunque don Gaiferos le dice: «Yo os taparé las cavernas». Ella se tira, en fin, y el caballero la recoge en sus brazos. La Melisendra de Cervantes, al descolgarse, se le engancha «una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón», por lo que sus «cavernas» quedan también al descubierto, para deleite de los «ociosos ojos» varoniles que la contemplan. Es obvio que Cervantes piensa también en Lope, por ser el único que traza el rescate de Melisendra como un descenso, lleno de referencias eróticas, desde una torre o un balcón.

Cervantes se burla de Lope, como hace siempre que tiene ocasión, estableciendo una serie de asociaciones –no hay que desdeñar la erótica, dada la vida amorosa del Fénix– que se nos escapan en buena medida, porque lo cierto es que sólo él y Avellaneda sustituyen al rey moro del romancero, que es Almanzor, en cuyo poder está cautiva Melisendra, por el rey Marsilio de Zaragoza, lo que aprovecha Cervantes para reírse una vez más del Fénix, porque Marsilio es el rey a quien acompaña siempre en el romancero nuevo un héroe morisco llamado Bravonel de Za-

[47] Como ha visto Percas de Ponseti, 2003, pp. 63-115.

ragoza[48], a menudo identificado como un heterónimo morisco de Lope, que se disputa con el rey el amor de Guadalara, es decir, de Elena Osorio. Ello aparte de que en el romancero artístico ambos caudillos moros son aliados de Bernardo del Carpio contra los franceses, lo que no es casualidad, dado que el escudo de Bernardo se lo atribuyó Lope de Vega sin el menor fundamento, como le recordó burlescamente Góngora: «Por tu vida, Lopillo, que me borres / las diecinueve torres de tu escudo». En tal contexto de alusiones barrocas, nada tendría de extraño que el moro que besa furtivamente a Melisendra en Cervantes ocultara al mismo Lope de Vega[49] y fuera así castigado como un vulgar delincuente, como el Escarramán de Quevedo, para ser exactos, cuyos versos 55 y 56 de la «Carta de Escarramán a la Méndez» reproduce Cervantes, para mayor claridad ridiculizadora: «con chilladores delante / y envaramiento detrás» (II, 26).

Si recordamos ahora el retrato impar del dómine Cabra, y sus «ojos avecindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y escuros que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes»; o la relación conflictiva entre la nariz y la boca: «la nariz de cuerpo de santo, comido el pico entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas búas de resfriado, que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas, descoloridas, de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos». No hay duda de que Cervantes, sensible a su grandeza literaria, quiere hacer, ahora sí, un homenaje explícito a la pluma quevedesca en su retrato de Clara Perlerina, que no pierde de vista el de *El Buscón,* como podemos comprobar por los siguientes trazos:

> la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo: por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y, con todo esto, parece bien por estremo, porque tiene la boca grande, y, a no faltarle diez o doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas. (II, 47)

Tampoco hay duda ninguna, claro está, del reconocimiento explícito de la jácara de Escarramán que hace *El rufián viudo.* Es notoria la impronta de la «Carta de Escarramán a la Méndez» de Quevedo sobre Escarramán, escritas hacia 1610, que además de servirnos para fechar el entremés, fueron tan famosas y populares, que una de ellas llegó a ser vuelta a lo divino. Cervantes las tiene delante para escribir su piececilla burlesca, y, como ha estudiado Asensio, «una atenta comparación del modelo de Quevedo con la réplica de Cervantes nos descubre claros

[48] Ver el *Romancero general* de 1600-1604, donde se establece la relación apuntada en los romances que llevan los números 19, 391 y 1073.

[49] Percas de Ponseti piensa que Lope se oculta detrás de Ginés de Pasamonte.

contrastes del modo epigramático, discontinuo, atento a la sorpresa y al pormenor ingenioso de don Francisco, con los movimientos amplios, con los ritmos sostenidos, con la tendencia ennoblecedora, aun dentro de la ironía, del autor de *El rufián viudo*»[50].

Lo más relevante no es eso, con serlo mucho, sino que el entremés explota la fama literaria de Escarramán hasta el máximo extremo posible, dado que le hace traspasar las fronteras que separan la vida de la literatura y lo presenta en escena ante los demás rufianes y ninfas, recién llegado del cautiverio, en carne y hueso, con lo cual, la «realidad» del famoso jaque quevedesco otorga vida a los demás personajes que conviven con él y se sitúan en su mismo plano, «saliéndose» todos, por así decirlo, de los límites estrictamente literarios. De este modo, hacen su aparición entremesil los juegos cervantinos de ficción y realidad.

Cervantes, además, se olvida de la segunda jácara, de la «Carta de la Méndez a Escarramán», como ha señalado Isabel Pérez Cuenca, y se centra únicamente en la primera y en dar respuesta a la historia truncada del célebre jaque, que cuenta ahora en escena lo que le acaeció después de su condena en las galeras, esto es, su cautiverio y su posterior liberación:

> Dio la galera al traste en Berbería,
> donde la furia de un juez me puso
> por espalder de la siniestra banda;
> mudé de cautiverio y de ventura;
> quedé en poder de turcos por esclavo;
> de allí a dos meses, como el cielo plugo,
> me levanté con una galeota;
> cobré mi libertad y ya soy mío.
> Hice voto y promesa inviolable
> de no mudar de ropa ni de carga
> hasta colgarla de los muros santos
> de una devota ermita, que en mi tierra
> llaman de San Millán de la Cogolla;
> y éste es el cuento de mi extraña historia,
> digna de atesorarla en mi memoria. (vv. 280-294)

El baile final, rehace y responde a los versos de Quevedo, pues:

> Ya está guardado en la trena
> tu querido Escarramán,
> que unos alfileres vivos
> me prendieron sin pensar.

Se transforma en:

> Ya salió de las gurapas
> el valiente Escarramán,
> para asombro de la gura,
> y para bien de su mal.

[50] Asensio, «Introducción», 1965, pp. 35-36.

También Quevedo leyó atentamente a Cervantes y gustó de sus obras, sobre todo de las *Novelas ejemplares* y de los *Entremeses,* aunque no tanto del *Quijote,* de cuyo personaje central solo captó la superficie degradada, burlesca y risible, sin ahondar absolutamente nada en sus valores más nobles, que se limitó a ignorar, desde una lente exclusivamente interesada en lo grotesco de su aspecto y de sus actos. Por eso, a poco de comenzar *La Hora de todos,* obra cuya escritura debió de comenzarse hacia 1628, describe así la entrada de Marte en el Olimpo:

> Marte, don Quijote de las deidades, entró con sus armas y capacete y la insignia de viñadero enristrada, echando chuzos, y a su lado el panarra de los dioses, Baco[51].

Nos encontramos con un ser únicamente cómico, que sirve para ridiculizar a Marte hasta extremos ajenos a Cervantes, pues nuestro hidalgo nunca bebe, y este paródico dios de la guerra porta la «insignia de viñadero», como buen borracho, y va en compañía del dios Baco, para que no haya dudas sobre su afición al vino, además de llevar un capacete, que tanto puede ser un casco de su armadura como un capazo o «capacho de esparto donde se ponen, por ejemplo, las uvas»[52]. De este modo, Quevedo, exagera, hiperboliza los elementos risibles del inmortal héroe cervantino, e ignora, injustamente, todo lo demás.

En algún caso concreto, como en la *Sátira contra Francisco Morovelli de la Puebla,* la virulencia antiquijotesca del «flagelo de poetas memos» alcanza su máximo extremo, pues tras una serie de ataques durísimos contra el mencionado Morovelli, le compara con el ingenioso hidalgo a causa de sus múltiples desatinos:

> A ti, postema de la vida humana,
> afrenta de la infamia y de la afrenta,
> peste de la verdad introducida,
> conciencia desechada de una venta,
> alma descomulgada, entretenida
> en dar a Satanás almas en renta,
> rudísimo malsín Escarïote,
> de tantos desatinos don Quijote[53].

Es obvio que don Francisco no entiende en absoluto, o al menos en el caso de don Quijote, una de las claves de la poética cervantina, de la que don Miguel estaba además particularmente orgulloso, pues había afirmado en el *Viaje del Parnaso* (1614), a propósito de las *Ejemplares* lo siguiente:

[51] Quevedo, *La Hora de todos,* pp. 61-62.

[52] Como ha dicho Pérez Cuenca, 2006, p. 202.

[53] Cinco de las ocho octavas que componen el poema aparecen también en el quevedesco *Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando,* que Blecua considera un desarrollo del anterior, mientras que Crosby, a la inversa, cree que la *Sátira* es posterior a las *Necedades.* Ver respectivamente, *Obra poética,* vol. 3, p. 411, y Crosby, 1967, pp. 45-46.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad un desatino. (IV, vv. 25-27)

Quevedo, obvio es decirlo, solo vio el *desatino,* sin entender, o acaso ignorando conscientemente, su propiedad literaria. Eran desatinos inteligente y conscientemente verosimilizados, de ahí su mérito artístico, pero a él eso le trajo sin cuidado, o bien no se percató de ello. El resultado, en cualquier caso, fue el mismo, como acabamos de ver: una lectura y una interpretación demasiado parcial, y desmedidamente agresiva.

Otra cosa distinta es, sin embargo, el magnífico poema titulado el *Testamento de don Quijote,* necesariamente posterior a 1615, que aunque sea igualmente burlesco, carece de la acritud de la *Sátira.* Más aún, Quevedo se ríe del ingenioso caballero con gracia y altura artística indudable, con ingenio impar, sin duda, pero sin ofender, o al menos sin la agresividad anterior. El caballero quevedesco muere loco, no cuerdo como el Alonso Quijano cervantino. Loco y apaleado:

De un molimiento de güesos,
a puros palos y piedras,
don Quijote de la Mancha
yace doliente y sin fuerzas. (*PO,* núm. 733, vv. 1-4)

Es don Quijote incluso exagerada, rematadamente loco, que quiere hacer testamento, a sabiendas, claro está, de que uno de los requisitos de los testamentos era que el testador estuviera completamente cuerdo:

Y en lo de «su entero juicio»,
que ponéis a usanza vuesa,
basta poner «decentado»,
cuando entero no le tenga. (*PO,* núm. 733, vv. 17-20)

La burla es propia del mejor ingenio de Quevedo, lo que equivale a decir el más agudo de nuestras letras, al menos para Lope de Vega, que en un soneto de las *Rimas de Tomé Burguillos* dice que para que la pluma se tiña de oro hay que «bañarla en el ingenio de Quevedo». Veamos algunas perlas:

Que embalsamado me lleven
a reposar a la iglesia,
que sobre mi sepulcro
escriban esto en la piedra:
«Aquí yace don Quijote,
el que en provincias diversas
los tuertos vengó, y los bizcos,
a puro vivir a ciegas».
[…]
De los palos que me han dado,
a mi linda Dulcinea,
para que gaste el invierno,
mando cien cargas de leña. (*PO,* núm. 733, vv. 29-60)

Quizá una de las más audaces y divertidas invenciones de Quevedo es que incluso hay un hijo, un heredero del hidalgo manchego, un «Quijotito», dice el poema, «mayorazgo de mi hacienda», en palabras de su progenitor, a quien el héroe deja sus armas. Sancho, sin embargo, no está loco en el poema, y advierte a su amo con cariño y con cordura que no diga «sandeces tan fieras», elija mejor a sus albaceas y actúe con cordura. No obstante, Quevedo, para no marcar excesivas diferencias entre el caballero y su escudero, le hace llorar por él, por su locura, a cántaros, aunque se trata de lágrimas que más parecen una riada o un torrente desatado por una tormenta, pues implican «un turbión de lluvia y piedra».

Como sigue loco, al final, en buena doctrina católica, ante la imposibilidad religiosa de dar la extremaunción a un loco, se queda sin ella. Es quizá lo más triste, en términos coetáneos, pero era lo más coherente con el planteamiento quevedesco, en buena ley católica[54]:

> En esto la Extremaunción
> asomó ya por la puerta;
> pero él, que vio al sacerdote
> con sobrepelliz y vela,
> dijo que era el sabio proprio
> del encanto de Niquea;
> y levantó el buen hidalgo
> por hablarle la cabeza.
> Mas viendo que ya le faltan
> juicio, vida, vista y lengua,
> el escribano se fue
> y el cura se salió afuera. (*PO,* núm. 733, vv. 109-120)

Quevedo ha cambiado pues, muchas cosas. No se ha limitado a glosar satíricamente el texto ni a proyectar sobre él su agudeza, sino que ha alterado numerosos elementos de Cervantes. Lo más interesante es su juicio sobre el final del *Quijote,* dado que el héroe cervantino recupera la cordura, se convierte en Alonso Quijano, y después, no antes, hace testamento, en «su entero juicio», como mandaban las *Artes de bien morir*[55]. Don Francisco, sin embargo, mantiene la locura caballeresca del héroe, como desearían tantos lectores actuales de la obra, que piensan que es lo que debería haber hecho Cervantes para mantener la defensa del idealismo hasta el final, pues cuando don Quijote recupera la cordura y renuncia a su locura caballeresca, entienden que es como si renunciara simultáneamente a su idealismo, a lo mejor de él.

La postura de Quevedo, por tanto, parece incluso coherente con el desarrollo del *Quijote,* al decir de muchos. Pero todo es mera apariencia, claro está: nada más lejos del verdadero quijotismo, porque el autor de *El Buscón* acentúa hasta tal extremo la locura quijotesca en el momento más grave de su vida para un cristiano, en el de su muerte, que incluso

[54] El *Testamento* ha sido objeto central del trabajo de David Felipe Arranz para este Congreso, por lo que es imprescindible consultarlo para ver todas sus implicaciones.

[55] De las que me he ocupado, dicho sea de paso, en Rey, 2003.

le niega la salvación de su alma, pues su don Quijote contraviene todas las normas testamentarias de los mencionados *Ars moriendi* de la época e incluso rechaza las misas por su alma, lo que todos pedían al testar:

> Mando que, en lugar de misas,
> justas, batallas y guerras
> me digan, pues saben todos
> que son mis misas aquestas. (*PO,* núm. 733, vv. 77-80)

Quevedo sabía muy bien que los testamentos insistían en pedir misas, muchas misas; cuanto más ricos y nobles eran los autores, más misas dejaban pagadas en sufragio de sus almas. Su caballero, en vez de eso, prefiere «justas, batallas y guerras», lo que parece llevarlo derecho a la condenación, pues eso implica que no siente arrepentimiento alguno.

El problema es que para Quevedo, don Quijote es como tantos y tantos personajes meramente risibles de su obra, como los que pululan por sus *Sueños,* o como el arbitrista, el esgrimidor, el poeta, el soldado y el ermitaño de *El Buscón,* que salen siempre distorsionados y esperpentizados de su pluma, porque su mirada veía mejor, a veces exclusivamente, el lado grotesco, el lado infrahumano, susceptible de un retorcimiento estilístico, eso sí, impar, únicamente a su alcance o quizá al de Góngora, pero sin valores humanos, de seres reducidos a meros autómatas, en su locura.

Quevedo, pues, mantiene loco a don Quijote a la hora de hacer testamento no para condenarle al infierno, al menos no principalmente, sino por razones meramente estéticas, porque esa locura del héroe cervantino se ajustaba muy bien a su inalcanzable capacidad de agudeza e ingenio, a su virtuosismo estilístico, a su capacidad literaria, en suma. Pero no le importaba nada la coherencia o incoherencia del personaje.

En cualquier caso, don Francisco demuestra un extraordinario interés, bien que a su manera, por la figura de don Quijote, lo que implica que había leído a Cervantes con mucha atención. Y no sólo el *Quijote,* sino también, cuando menos, los entremeses y las *Novelas ejemplares.*

Los dieciséis entremeses de Quevedo desarrollaron los mismos temas satíricos de su prosa y su poesía, como las prostitutas (Bárbara), los maridos cornudos consentidos (Diego Moreno), o los viejos impotentes en *Los refranes del viejo celoso,* entremés particular que se aproxima a la mojiganga y al baile de máscaras, por no mencionar el mesonero ladrón de *La venta.* Fueron además constantemente imitados entre 1640 y 1670, alcanzando una considerable fama. Y no sólo por sí mismos, sino también a través de las piezas de sus seguidores, como Salas Barbadillo y, fundamentalmente, Antonio Hurtado de Mendoza (1586-1644), a quien se considera el verdadero popularizador del entremés de figuras, gracias a *El examinador Miser Palomo* (1617), revista satírica de tipos diversos ya completamente escrita en verso. Y lo que más me interesa destacar en este momento: a menudo bajo el influjo directo de los entremeses cervantinos, dado que «Quevedo no estaba dotado para la imaginación dramática, más que cuando se estilizaba grotescamente en

el subgénero entremesil, en el que probablemente, a la sombra de Cervantes, se va a dar a conocer durante estos años»[56].

De lo que no hay duda, en fin, es de la extraordinaria valoración que hizo Quevedo de las *Novelas ejemplares* (1613), que fue seguramente la obra cervantina más estimada por sus contemporáneos. Y lo hizo en su célebre *Perinola,* probablemente una de las más duras diatribas de toda la literatura española, escrita a la par con una acritud y con una agudeza verbal portentosa, contra el *Para todos* (1632) de Juan Pérez de Montalbán, el discípulo de Lope de Vega, o mejor, un «retacillo de Lope de Vega, que de cercenaduras de sus comedias se sustentaba». Y al hilo de esa crítica despiadada, Quevedo expresa de forma reiterada su juicio sobre las «novelas» –se refiere a las *Ejemplares*– de Cervantes, un juicio más que elogioso, pues son para él la referencia principal del género, a juzgar por lo que dice dos veces, unos veinte años después de la muerte de Cervantes, además, para mayor claridad e imparcialidad de su juicio:

> las novelas[57] […] no son ni fábulas, ni comedias, ni consejas, ni no-velas, ni sí-velas, ni candiles, con ser tan sucios; no tienen pies ni cabeza. […] El lenguaje, de cansado, jadea; los discursos[58] son tahona, que muelen como bestias; no cuento las impropiedades, porque son tantas como los dislates […]. Y, para agravarlas más, *las hizo* tan largas como pesadas, *con poco temor y reverencia de las que imprimió el ingeniosísimo Miguel de Cervantes.*

Y al final, cuando acaba *La Perinola,* insiste:

> deje la escritura; y deje la Teología; deje las malicias; y *deje las novelas para Cervantes;* y las comedias a Lope, a Luis Vélez, a don Pedro Calderón; los días, a la semana…

No hay duda, en fin, de que Cervantes y Quevedo, pese a sus múltiples diferencias de toda índole, se leyeron con detenimiento y se admiraron mutuamente, no obstante alguna que otra burla menor y en contra de su amistad / enemistad con Lope de Vega; pues si Cervantes, siempre más generoso, lo hizo antes, cuando el autor de los *Sueños* era apenas un chaval, Quevedo lo hizo después, pasados unos años de la muerte de Cervantes, para mayor imparcialidad. Uno y otro fueron ini-

[56] Jauralde, 1998, p. 271.

[57] Se refiere a las tres novelas cortas que incluye Montalbán en su *Para todos,* que, dicho sea de paso, no son tan malas como dice Quevedo. El *Para todos* es una miscelánea académica barroca, que sucede en siete días, en cada uno de los cuales un mantenedor, en primer lugar, expone tres discursos, luego una comedia o una novela, y al final unos poemas: se interpolan, por tanto, el lunes, miércoles y viernes, tres novelas, *Al cabo de los años mil, El palacio encantado* y *El piadoso bandolero,* y los días restantes cuatro comedias.

[58] Alude, o bien a los discursos que hay dentro de las novelas, dado que habla de ellas, o bien a los discursos del *Para todos,* que los tiene, en prosa, sobre los temas más peregrinos, porque eran tres cada día de sesión académica: el primero sobre lo que según el *Génesis* hizo Dios ese día concreto de la semana; el segundo, sobre el planeta relacionado con el día, el dios pagano en cuestión, la astrología, la mitología, etc.; y el tercero, de tema libre y diferente cada jornada, sobre asuntos como la filosofía, los misterios de la misa, la milicia, los ángeles, la predicación, las artes, y «lo mejor de lo mejor».

mitables en su terreno, y los dos lo sabían, por eso, aunque sin excesos, con mesura, se reconocieron mutuamente, a diferencia, dicho sea de paso, de otro de los grandes de la época, de Góngora, incapaz de reconocer mérito alguno a nadie que no fuera él mismo, aunque sabía muy bien que Cervantes, Lope y Quevedo lo merecían tanto como él.

Bibliografía

Alvar, A., *Cervantes. Genio y libertad,* Madrid, Temas de hoy, 2004.

Apiano, P., *La Cosmografía,* Salamanca, Cilus, 2000.

Arce de Otálora, J. de, *Coloquios de Palatino y Pinciano,* ed. J. L. Ocasar Ariza, Madrid, Turner, 1995, 2 vols.

Asensio, E., *Itinerario del entremés: desde Lope de Rueda a Quiñones de Benavente,* Madrid, Gredos, 1965.

Blecua, J. M., «La poesía lírica de Cervantes», *Homenaje a Cervantes, Cuadernos de Ínsula,* 1, 1947, pp. 151-187.

Crosby, J. O., *En torno a la poesía de Quevedo,* Madrid, Castalia, 1967.

Duque de Estrada, D., *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor,* ed. H. Ettinghausen, Madrid, Castalia, 1982.

Elliot, J. H., *La España imperial (1469-1716),* Barcelona, Vicens Vives, 1973.

Hurtado de Mendoza, D., *Guerra de Granada,* ed. B. Blanco-González, Madrid, Castalia, 1970.

Infantes, V., «La librería de don Quijote y los libros de Cervantes (I, 6)», en *«Por discreto y por amigo». Mélanges offerts à Jean Canavaggio,* Madrid, Casa de Velázquez, 2005, pp. 79-92.

Jauralde, P., *Francisco de Quevedo,* Madrid, Castalia, 1998.

Lasso de la Vega, G., *Manojuelo de romances,* Madrid, Saeta, 1942.

López Pinciano, A., y A. Carballo Picazo, *Philosophia antigua poética,* Madrid, Marsiega, 1953.

Maldonado, F. C. R., «Algunos datos sobre la composición y dispersión de la biblioteca de Quevedo», *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez-Moñino,* Madrid, Castalia, 1975, pp. 405-428.

Márquez Villanueva, F., «Lope infamado de morisco: *La villana de Getafe*», en *Lope: vida y valores,* Puerto Rico, Universidad, 1988, pp. 293-331.

Moreno de Vargas, B., *Discursos de la nobleza de España,* Madrid, 1621.

Navarro Durán, R., «Más datos sobre la fecha de la escritura del *Buscón*», *La Perinola,* 10, 2006, pp. 195-208.

Orozco, E., *Lope y Góngora frente a frente,* Madrid, Gredos, 1973.

Percas de Ponseti, H., «Cervantes y Lope de Vega: postrimerías de un duelo literario y una hipótesis», *Cervantes,* 23, 1, 2003, pp. 63-115.

Pérez Cuenca, I., «Unas notas autógrafas de Quevedo en un libro desconocido de su biblioteca», *Boletín de la Real Academia,* 79, 1999, pp. 67-91.

Pérez Cuenca, I., «Las lecturas de Quevedo a la luz de algunos impresos de su biblioteca», *La Perinola,* 7, 2003, pp. 297-334.

Pérez Cuenca, I., «Localización y descripción de algunos impresos de la biblioteca de Quevedo», en *Actas del XIV Congreso de la AIH. II. Literatura Española, Siglos XVI y XVI,* Newark-Delaware, Juan de la Cuesta, 2004, pp. 447-465.

Pérez Cuenca, I., «Cervantes y Quevedo», en *Cuatro siglos os contemplan: Cervantes y el Quijote,* Madrid, Eneida, 2006, pp. 187-211.

PO, Quevedo, F. de, *Poesía original completa,* ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.
Quevedo, F. de, *El Buscón,* ed. A. Rey Hazas, Madrid, SGEL, 1982.
Quevedo, F. de, *La Hora de todos,* ed. L. López Grigera, Madrid, Castalia, 1975.
Quevedo, F. de, *La vida del Buscón llamado Don Pablos,* ed. D. Ynduráin y F. Lázaro Carreter, Madrid, Cátedra, 2003.
Quevedo, F. de, *Obra poética,* ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1969-1985, 4 vols.
Quevedo, F. de, *Premática del desengaño contra los poetas güeros,* ed. A. Azaustre Galiana, en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003, vol. 1, t. 1, pp. 3-18.
Rey Hazas, A., «El Quijote y la picaresca: la figura del hidalgo en el nacimiento de la novela moderna», *Edad de Oro,* 15, 1996, pp. 141-160.
Rey Hazas, A., *Artes de bien morir. Ars moriendi de la Edad Media y del Siglo de Oro,* Madrid, Lengua de Trapo, 2003.
Rey Hazas, A., *Poética de la libertad y otras claves cervantinas,* Madrid, Eneida, 2005.
Rey Hazas, A., *El nacimiento del Quijote. Edición y estudio del «Entremés de los romances»,* Guanajuato, Museo Iconográfico del Quijote, 2006.
Rey Hazas, A., «La palabra católico: cronología y afanes cortesanos en la obra última de Cervantes», en *Actas del Congreso de la Asociación de Cervantistas, Alcalá de Henares, 2006,* (en prensa).
Rico, F., «Sobre la cronología de las Novelas de Cervantes», en *«Por discreto y por amigo». Mélanges offerts à Jean Canavaggio,* Madrid, Casa de Velázquez, 2005, pp. 159-165.
Romancero general: (1600, 1604, 1605), ed. Á. González Palencia, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952, 2 vols.
Tarsia, P. A., *Vida de don Francisco de Quevedo,* ed. M. Prieto y F. Pedraza Aranjuez, Ara Iovis, 1988.
Vega, L. de, *Cartas,* ed. N. Marín, Madrid, Castalia, 1985.
Ynduráin, D., «Originalidad del *Buscón*», en *Estilo barroco y personalidad creadora. Góngora, Quevedo, Lope de Vega,* Salamanca, Anaya, 1966, pp. 109-141.